



FOROFOS DE ONÁN

Javier López Alós[?]

“Hay gentes para quienes el ocio mismo es trabajo. En su villa, en el lecho, en la soledad, alejados de todos, son insoportables para ellos mismos. La vida de ciertos hombres mejor que una vida de ocio, debería ser llamada una ociosa ocupación.”

L. A. Séneca, *De la brevedad de la vida*, XI.

No puedo precisar cuándo fue exactamente. Son demasiados los avisos que amigos, enemigos y gentes a las que sin más puedo asegurar no conocer, me envían casi a diario a mi correo electrónico: recomendaciones de lectura, artículos incendiarios, fotos de paisajes exóticos y muchos chistes. Generalmente, nada que merezca demasiado la pena. Entre este material, durante no sé cuánto tiempo, permaneció ajeno a mi atención un pequeño ensayo autobiográfico escrito en francés, sin fecha ni datos sobre el autor o el origen, que me adjuntaba a una carta un antiguo colega de departamento durante mis tiempos en Lyon, hace ya más de quince años. Su nombre, quiero manifestar mi agradecimiento y pedir así que se ponga en contacto conmigo pues perdí sus señas, Antoine de Murs.

Todos los que alguna vez se han acercado a la traumática experiencia de la traducción saben lo importante que es para el que la realiza conocer bien al autor, manejar el conjunto de su tópica y la bibliografía más relevante a propósito del escritor y su obra. No pretendo descubrir nada nuevo con este recordatorio, sólo constatar, a modo de disculpa, las dificultades que este *Onan dans le réseau* me han supuesto. Por lo demás, al exponer mi versión de este texto no hago sino invitar a cuantos por él se sientan atraídos, y a aquéllos cuya erudición en mucho excede la mía, a dar noticia del padre de estas líneas y confirmar, si pueden, una hipótesis sencilla: se trata de un capítulo suelto de un trabajo de mayor envergadura en torno a las formas

[?] Agradezco a Antonio López Cruces las ilustraciones que acompañan este escrito.



contemporáneas de pensamiento patológico, tales como la FEA (Filosofía Esencialmente Autorreferente). Si mi antiguo amigo Antoine lee esto, por favor, que perdone mis viejos desdenes y discuta o complemente mis puntos de vista.

¡Pero basta! No son estas páginas para el ejercicio de la humildad, sino para la transmisión del conocimiento, por simple y, en efecto, humilde que éste sea. De manera que sin más preámbulos ni excusas a su juicio presento estas raras confesiones.

ONÁN EN LA RED

Una pasión solitaria y que no se resigna a serlo. Una especie de compulsión irrefrenable, un proceso que se hace muy difícil de detener una vez comienza hasta que las circunstancias o el agotamiento provocan un final abrupto, y el arrepentimiento y la promesa de que no volverás a hacerlo, no al menos hasta mañana, no al menos hasta esta noche. Siempre igual.

Tengo cuarenta y dos años, una mujer que no se decide a marcharse y una hija de diez que no entiende nada. Claudie, mi hija, se levantó la otra noche a las dos de la mañana, vio luz en mi estudio y entró. Al verme sentado delante del ordenador, me preguntó:

- ¿Qué haces que no duermes?

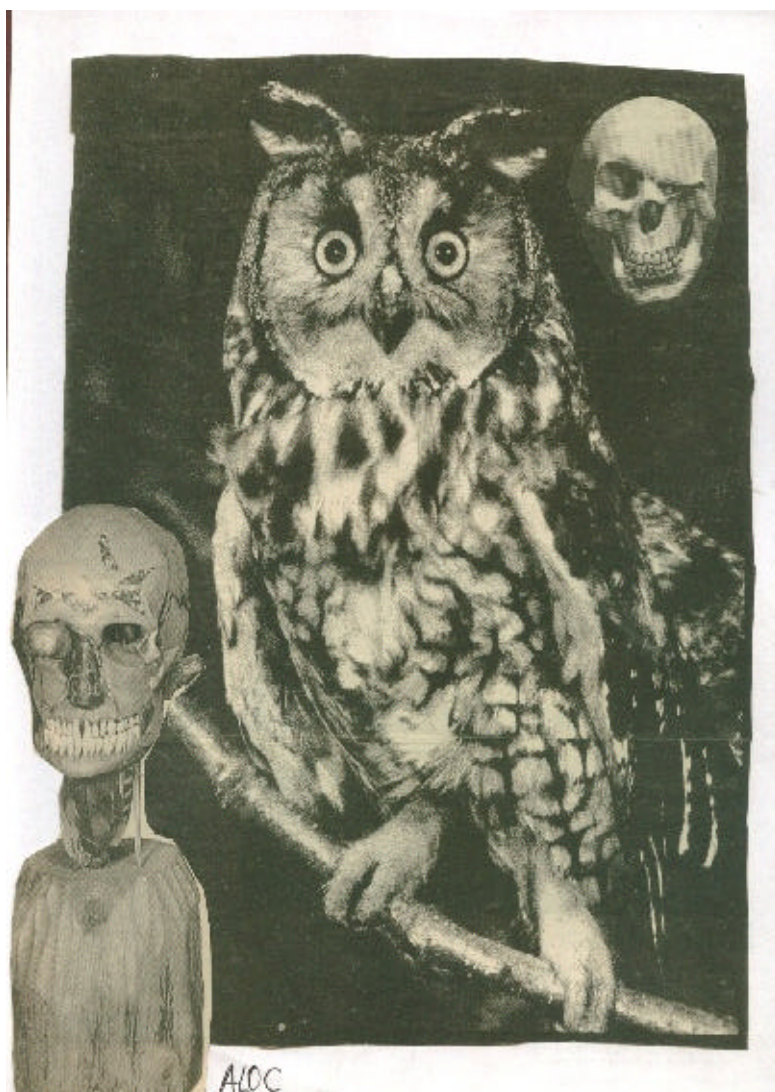
- Nada, hija, cosas de mayores.

- Papá, ¿estás viendo pornografía?- me espetó con una mezcla de inocencia y brutalidad que me estremeció.

- ¿Pornografía? No... no exactamente-, despaché con la mayor imprecisión posible. Y como vi que la niña se animaba a preguntar, desconecté los aparatos, le preparé un vaso de leche y le recordé la importancia del descanso y el sueño para el rendimiento escolar. Por no escucharme, se tomó la leche en dos tragos y volvió rápidamente a la cama.



Uno de los muchos inconvenientes de estar casado con una psiquiatra es el nulo efecto que las benzodiacepinas causan a un sistema nervioso cuya existencia de hecho desconocías hasta que volviste de la luna de miel. Resultado: insomnio prolongado. Pero además un insomnio develador, rencoroso, porque a quien tú consideras en el fondo origen de esa “descompensación biorrímica” (la expresión me la enseñó ella), duerme a pierna suelta y sin problemas. Otro de los precios de intentar dormir junto a una psicoterapeuta es la tendencia a llenar las horas de involuntaria vigilia dándole vueltas a los diagnósticos que sobre ti lleva años vertiendo con la misma irresponsabilidad que quien mata las plantas por exceso de riego. Pero es inevitable empaparse de culpa, porque cabe la posibilidad de que ella tenga razón y yo sea un maniático compulsivo y no sé cuántas cosas más, o sea, en francés de la calle, un vicioso y no sé cuántas cosas más. Y yo qué sé.



A mí me gustan los foros de internet, desde que los descubrí en el verano de 2000. Y es cierto, entro, miro, participo activamente. Pero en verdad no creo que eso tenga nada de malo, no creo que la crisis de mi matrimonio tenga que ver con ello ni la transitoria frialdad de Claudie ni lo de la capa de ozono tampoco. Es insoportable ese prurito pseudocientífico que tienen tantos médicos, ese correr por encima de las tripas que haga falta persiguiendo un principio de causalidad, a todo tienen que encontrarle explicación. Es más insoportable si ese médico es la persona con quien compartes tu vida y encima es psiquiatra.

Mi mujer. Aún no he dicho cómo se llama, Eva. Supongo que porque desde hace tiempo la veo más en su condición de esposa, como un vínculo, que como Eva, la chica



con la que quise al cine un par de tardes y acabé casándome. Mi mujer, mi doctora, Eva, que es mucho más lista que yo, y más cruel y más injusta, dice que somos todos unos onanistas y que acabaremos todos ciegos y con lumbago. Yo le contesto que decir eso es de ser muy mala persona y ella me reduce, ya digo que es más lista, que hacer lo que yo hago es de ser muy imbécil. Al rato vuelve y, más calmada, trata de ilustrarme como si estuviera haciéndome el favor de no cobrarme la consulta.

Donde Eva dice “onanistas” yo oigo “pajilleros”. Yo no sé si eso es patológico o sentido común, pero es lo que hay. Según me ilumina, la conducta que tenemos los habituales de los foros virtuales se asemeja mucho al onanismo: se procura la autosatisfacción de pulsiones que no se pueden controlar y se hace solo, es un placer necesariamente solitario, apoyado por la fantasía de que los demás existen y les importa lo que dices. Es decir, que en lugar de producirse la excitación a partir de imaginar un cuerpo, nosotros experimentamos otro tipo de estimulación que sublima, me parece que ésa es la palabra que emplea, la necesidad física de otro cuerpo. Nos basta en el fondo con saciar nuestra falta de autoestima y eso se produce de las formas más penosas en los foros: fustigando públicamente a quien creemos que podremos imponernos, afirmando nuestras cualidades o competencia intelectual en escritos extravagantes que nadie podrá terminar de leer, afianzando la conciencia de grupo (de tribu, dice, aunque insiste que no es despectivo) y masturbándonos unos a los otros con loas y alabanzas mutuas.





Sin embargo, todos estos juicios están sacados de quicio y no responden a la realidad. Lo único que nos mueve a mis compañeros y a mí es la comprensión de la filosofía verdadera y, lo admito, la pasión por opinar. Tomo partido en foros de política, de religión, de biología, televisión, cine y uno general de actualidad. ¿Qué tiene esto de malo? Comparto mis puntos de vista con quien tenga curiosidad por formarse un criterio. Trato de ser objetivo y neutral, utilizo las herramientas conceptuales del filósofo único y las críticas que recibo generalmente suelen ser muy positivas. Modestia aparte, suelo ser sutil y agudo, según reconocen hasta los que conmigo discrepan de cuando en cuando. Y todavía no he tenido que hacer lo que otros, inventarme una identidad falsa para sistemáticamente darme la razón en todo y recomendar mis análisis. Pero la honestidad y el respeto de las reglas no son suficiente para mi mujer.

Lo de la autoestima y la vanidad me parece muy simple por su parte. Es verdad que algunos firman con su nombre y apellidos verdaderos y que hasta se citan a sí mismos: ¿acaso no es esto una demostración de coherencia personal, de valentía y un acto de responsabilidad frente a la comunidad de usuarios? Aunque puedan decirse barbaridades o cosas no contrastadas, el hecho de reconocer la paternidad de la criatura, ya digo, aunque se abandone después en el arroyo, es un signo de madurez innegable. Lo que pasa es que no todos firmamos con nuestro nombre y eso también le parece revelador a la señora psiquiatra.

Por lo visto, resulta sintomático de múltiples patologías utilizar el apodo (¡se llama nick!) Gödel si no se sabe una palabra de matemáticas o Vivaldi si el único trato que se ha tenido jamás con la música es haber ido a un concierto benéfico de *Las cuatro estaciones*. Al contarle que en una discusión sobre rutas de espeleología en el departamento de Provenza me había despedido como Dante (por lo del descenso a los infiernos), me sugirió entre carcajadas que le añadiera el prefijo “pe-”: Pe-Dante. Se cree muy ingeniosa. Lo único que consigue con esa actitud es que no le cuente nada, que me lo guarde todo para mí. Afortunadamente puedo desahogarme en el foro. Desahogarme y transformarme. Cuando hablo de biología soy “Centauro”, de política “Maquiavelo”, sobre religión “Juan XXIII” y en materias de televisión y actualidad general suelo darme a conocer como “El hacedor de aforismos”. Pero nunca dejo de ser



yo. Diría que cuantos más soy, más yo soy y eso es algo que me agrada y a lo que no pienso renunciar, igual que a mi compromiso con la verdad; al fin y al cabo, a mi manera, también soy un pensador (libre, independiente, que no le debe nada a nadie. La arpía de mi señora asegura que esto se debe a que es lógicamente imposible, porque nada tengo, y a mi insobornabilidad le llama aislamiento.) Soy un pensador del siglo XXI y me resulta deprimente que personas que se dicen cultas no se den cuenta del valor de algunas ideas y aplicaciones teóricas. Todo lo que permanece fuera del sistema oficial de reconocimientos (con sus libros subvencionados y sus cátedras universitarias) es ignorado. No obstante, la prueba más irrefutable de que ese sistema está corrompido y no sirve es que algunas personas con cosas muy interesantes que decir no estamos incluidos en él. Por eso buscamos modelos alternativos de difusión de nuestros trabajos y combatimos sin descanso la molición cultural y la estupidez. No es resentimiento, como cree la terapeuta con su reduccionismo psicologista, es vocación, es filosofía.

Yo todas estas cosas las tengo muy claras, pero no soy de piedra y la lata que noche tras noche me da mi mujer me afecta algunas temporadas y descanso unos días. Luego vuelvo con más fuerza y recupero el tiempo perdido, me pongo al día sobre lo que han dicho los demás en mi ausencia y escribo a toda velocidad para que no baje demasiado mi media semanal de intervenciones. Aunque lo peor es que, a veces, todo esto se desarrolla con un insoportable sentimiento de culpa. No soy un hombre de creencias religiosas, pero de adolescente me mandaron a un colegio jesuita en la Toscana donde hice los ejercicios espirituales durante dos semanas y tras lo cual viví unos años confeso de marxismo. Fui ignorante, lo admito, como tantos, pero ya me curé hace años de todos esos males. Me ha quedado, sin embargo, una especie de vacío sacramental: la confesión y el perdón. No tengo director espiritual al que encomendarme, ni partido que me guíe. Están las enseñanzas del maestro de la filosofía verdadera, pero no consigo la sensación absolutoria que obtenía del confesor o del comité y además no estoy seguro de comprenderlas del todo. En resumen, se trata de tranquilizar mi conciencia. Hace poco he descubierto un subterfugio que sirve también para burlar a mi mujer. Y es que en la función “Historial de navegación” la posibilidad de eliminar los rastros de las sesiones de internet permite algo muy parecido al autolavado de la conciencia, una forma virtual y un poco protestante, sin intermediarios,



de restaurar la salud del ordenador o del alma. Claro que eso no quita para que uno no recuerde lo que ha hecho, es verdad, pero estoy convencido de que la solución más razonable entonces es tratar de olvidarlo o negarlo tantas veces como sea necesario hasta que la realidad se imponga y objetivamente puedas asegurar que esos actos corresponden a otra persona.

Ahora son las siete menos cuarto de la mañana. Dentro de cuarenta y cinco minutos tendré que levantar a Claudie para llevarla al colegio. Eva no abre la consulta hasta las diez. Después me iré al museo a trabajar. Allí podré escribir todo lo que he estado pensando esta noche. Me llevaré el ordenador portátil. Al fin y al cabo, hasta la última hora de la mañana no viene casi nadie y hay poco que vigilar. El jefe ni se dará cuenta porque tampoco es que madrugue demasiado. Para cuando llegue yo ya habré colgado esto en un foro nuevo que yo mismo administraré: “Onán en la red”.